

## DE PESADILLA

Por Juan Pablo Broin

Para Mirco era una tarde más. Al menos hasta que se encontró con ese horrendo bicho. Venía exhausto de jugar al fútbol y se tiró en su cama. Ni fuerzas tenía para quitarse la ropa. Y de pronto se abrió la puerta de su ropero... primero aparecieron unas manos deformadas y negras, luego un rostro de ojos saltones, orejas puntiagudas y sonrisa enorme. El muchacho saltó de un susto bajándose de su cama. Y el engendro le seguía mirando. Los pelos de su brazo se erizaron... no podía ni siquiera gritar, era como si algo le habría quitado sus cuerdas vocales. Rápido tomó el picaporte y salió del cuarto. Cerró la puerta.

Bajo las escaleras y se metió en la cocina. Aquella tarde estaba solo en su casa. Su corazón iba a mil por horas. No sabía que hacer. Nunca había visto algo igual. Era un monstruo, pequeño en tamaño claro. Miraba hacia todos lados con la sensación de que volvería a aparecer. Al instante sintió ruidos dentro del refrigerador. Se acercó lentamente tragando saliva. Casi temblando tomó la puerta del aparato y la abrió.

“¡Hola Mirco!” le dijo el androide sentado sobre comida.

No pudo resistir el susto. Golpeó la puerta del refrigerador y salió corriendo. Mamá tenía ganas de gritar pero sabía que sería en vano. Qué esa eso, se preguntó cuando logró llegar hasta la puerta principal. Por sus nervios no lograba colocar la llave para abrir. Lo intentaba y miraba hacia la cocina. Y la llave no giraba.

El monstruo se paró en la puerta de la cocina y le miró. Era feo en extremo. Mirco forcejeaba la llave pero no podía abrir la puerta. Abandonó el intento y corrió hacia la puerta trasera. Salió hacia el patio e igual se encontraba encerrado. Se escondió tras un árbol y espió hacia la casa.

La cuestión era cómo salir a la calle para pedir ayuda. Ojeaba de a ratos hacia la casa pero nada acontecía. Unas hojas cayeron frente a su rostro. Miró lentamente hacia arriba y ahí estaba. El extraño apareció sentado sobre unas ramas... siempre sonriendo. Volvió a ingresar a la casa, con rapidez abrió una ventana y logró salir a la calle. Siempre corría con la sensación de que le seguía. Miró hacia todos lados pero nadie transitaba para socorrerle. Aquello era lo peor de sus pesadillas... aunque real.

Y allí le volvió a aparecer. Parado en medio de la calle. Mirco estaba exhausto pero algo tenía que hacer. Tomó confianza y alzó un palo que tenía próximo a sus pies. Apretando sus dientes se decidió enfrentarlo. Se le acercó.

Lo pateó enviándolo a la vereda y estrellándolo contra el tronco de un árbol. Volvió a buscarle. Antes de que el bicho se incorporara, lo golpeó en el rostro con el palo. Una. Dos. Tres veces. No alcanzaba a ponerse de pie cuando recibía otro golpe. Volvía a chocarse contra el árbol. Estaba herido y sangraba. Pero Mirco abatía con más fuerza... hasta terminar con su aliento. Se detuvo agotado cuando el engendro dio sus últimos suspiros y finalmente murió.

El joven luego, más tranquilo, tomó una bolsa. Colocó al cadáver dentro y lo arrojó al depósito de basura del camión recolector. Había sido solo un susto con final feliz... al menos hasta ese momento. Regresó a su casa. Ya había vuelto sus padres... pero conociéndoles decidió no contarles lo sucedido. No tenía intención de que lo tomaran de loco.

Se duchó. Cenó. Y apostó a un buen sueño para descansar. Lo consiguió. Al día siguiente despertó. Desayunó mientras preparaba los elementos de estudio en su mochila. Minutos más tarde subió al ómnibus que lo llevaría al colegio. Saludó al chofer y tomó asiento. Era una mañana tranquila. Puso sus auriculares y dio play a su reproductor de mp3.

“¡Hola Mirco!” escuchó.

Se quitó los auriculares y dio stop a la música. Miro el resto de los asientos y cada pasajero estaba en su mundo... pero notó algo raro. En los últimos asientos del colectivo había algo. Se puso de pie y caminó por el pasillo hacia allí. A pocos pasos de los asientos finales se inclinó para espiar... y ahí estaba otra vez: ese horrible bicho de sonrisa malvada que mirándole le expresó:

“¡Hola Mirco!”

Y está. Aparece y si sos fuerte no pasa nada. Estás en tus mejores momentos espirituales entonces lo enfrentas y vences. Con seguridad sabes que hiciste lo que tenías que hacer. Pero mañana vuelve a cruzarse en tu camino. Y al día siguiente otra vez. Y al mes, otra vez. Ese androide es tu pecado... tu vicio, tu debilidad, tu mal carácter.

Eso que dejas atrás en tu encuentro con Jesucristo es lo mismo con que el enemigo te confrontará al día después. Dejas de ser esclavo de tu pecado porque solo Dios te hace libre... cuando vos te entregas a El. El

## DE PESADILLA

poder de Dios para mudar la vida de una persona es grandioso. Y cambias de actitud. Mejoras tu comportamiento y comienzas a hacer las cosas buenas. Es bueno y maravilloso este proceso. Claro, que no termina todo ahí.

Te descuidas un poco y comienzan los problemas. Dejas de orar, de buscar de Dios, de congregarte e inicias así un retroceso... CUIDADO!!! Tu enemigo se volverá a cruzar en tu vida provocándote a que vuelvas a hacer lo que hacías antes de tu cambio.

Evitá esos momentos no dándo lugar al diablo. ¿Cómo? Ahí, cerca de Dios, de sus cosas, viviendo cada día más hambriento de las bendiciones que El tiene para tu vida.

El alcohólico se acerca a Jesucristo y cambia su vida. También el ladrón, el violento, el mentiroso, el homosexual, el drogadicto... todos ellos cambian. Pero si ellos se alejan de Quien transformó sus vidas, volverán a esos malos hábitos.

Si quieres vivir una vida donde cada mañana agrades a Dios y a cambio disfrutes de sus bendiciones, no debes mirar atrás, pon lo mejor de ti para no descuidarte en tu relación con El, no te expongas a lo que pueda llevarte al pecado del cual El ya te sacó, descubre la importancia de la santidad y la pureza. Y Cuando vuelva a aparecer el enemigo con la tentación bástate de las fuerzas del Espíritu Santo para darle bien duro y salir con la victoria al hombro.